

Recensiones

Reviews

N. FIORASO, *De Königsberg a España. La filosofía española del siglo XIX en su relación con el pensamiento kantiano*, Valencia, Università di Verona-Edicep, 2012.

El libro al que dedicamos estas líneas tiene, en principio, tal como indica el subtítulo, dos protagonistas, el pensamiento español del siglo XIX y Kant. Decimos “en principio” porque progresivamente va emergiendo un tercer actor que termina por convertirse en verdadero protagonista, éste no es otro que la nación española como empresa histórica, y su grado de realización o cumplimiento. El autor, Nazzareno Fioraso, es un joven profesor e investigador de la Università di Verona. Anteriormente ha publicado otro libro sobre la filosofía española en el que se ocupa del joven Unamuno. El ámbito del pensamiento español le resulta por tanto familiar, como demuestra en la numerosa bibliografía consultada, que sale al paso en cada una de las páginas del libro, y que refleja un trabajo de investigación verdaderamente valioso. La obra alterna la investigación de carácter histórico-filosófico con la discusión filosófica propiamente dicha. Y en esta alternancia consiste precisamente su desarrollo.

Las investigaciones sobre la presencia de Kant en el siglo XIX español tienen como precedentes más relevantes las obras de los profesores J. M. Palacios (*La filosofía de Kant en la España del siglo XIX*, 1988) y J. L. Villacañas (*Kant en España: el neokantismo en el siglo XIX*, 2006), ambos de la Universidad Complutense. Esta nueva investigación que se nos ofrece, siendo en sí misma original en su desarrollo, profundiza y completa algunos de los datos y aportaciones de esos trabajos citados.

Los diferentes capítulos van dando cuenta de la recepción y presencia de la filosofía de Kant, ya sea a través de algunos de los autores más relevantes, ya a través de la difusión y traducción de sus obras. De este modo se investigan y exponen la primeras menciones, tímidas, de Kant al comienzo de siglo; la presencia polémica de Kant en la obra de Balmes; la influencia en algunos pensadores anteriores a la Restauración (Ramón Martí d'Eixalà, Francesc Xavier Llorens i Barba, José María Rey y Heredia y Matías Nieto Serrano); el lugar que ocupó la *Revista Contemporánea* en la introducción de Kant en España y la singular relación con el filósofo de Königsberg de nuestro más ilustre polígrafo, Menéndez Pelayo. El libro finaliza, como ya hemos

señalado antes, con una interesante *Crítica de la razón hispánica*.

Una de las primeras conclusiones que se obtienen de la lectura es el débil conocimiento de Kant en el siglo XIX español. No hubo apenas un kantismo español, podemos afirmar. Sí influencias desiguales en los autores mencionados. Algunas de las razones que se recogen señalan a nuestro convulso siglo XIX, a la escasa apertura a todo aquello que viniera de más allá de nuestras fronteras y a la tendencia antimetafísica de su filosofía –rechazada por la escolástica, presente a su vez en muchos ambientes académicos. Kant fue también rechazado, por diferentes razones, por el krausismo, filosofía que llegó tener una fuerte presencia en nuestra patria.

La excepción más significativa al desconocimiento de Kant en la primera mitad del siglo XIX es la de Balmes. Al filósofo catalán se dedica un capítulo en el que se examina la presencia del genio de Königsberg en algunos de los lugares más significativos de su obra. Varios de los argumentos balmesianos son así expuestos y confrontados con las ideas correspondientes en la obra kantiana. Las principales críticas del filósofo de Vic, desde su personal tomismo, están referidas al hecho de que la filosofía kantiana imposibilita la metafísica y limita el alcance de la razón al circunscribirlo a la experiencia. Uno de los principales hallazgos de Kant en el ámbito de la gnosología y de la ontología –entender que las propiedades de las cosas, y la estructura del mundo, son realmente deudoras de las categorías del entendimiento (p.

64)– es justamente el centro de las críticas de Balmes. La otra crítica fuerte del autor catalán al kantismo es el rechazo a la posibilidad de tener intuiciones intelectuales. El profesor Fioraso sostiene a lo largo de la exposición de la filosofía balmesiana que ésta no logra penetrar a fondo en la filosofía crítica y que no logra comprender su alcance (pp. 70, 74, 75, 77, 80, 85). Es cierto que Balmes pudo tener un conocimiento incompleto de la obra de Kant, pero no estamos, en lo esencial, de acuerdo con este juicio. Más bien parece que Balmes sí comprenda el núcleo de la doctrina trascendental, y, por esa misma razón, la rechaza (pp. 65, 77, 80, 85). La posición filosófica del autor catalán no es compatible con la pérdida de consistencia de las cosas, de los seres, y que el mundo se convierta así en *fenómeno*. Aunque nuestro conocimiento de las cosas sea imperfecto nuestra limitación no puede convertir al mundo en mera apariencia. El filósofo de Vic participa, como es sabido, de la tradición realista y su punto de vista no es compatible por tanto con la filosofía crítica. Todo lo dicho no es obstáculo para afirmar que la crítica que Kant dirige a las ideas centrales de la filosofía (paralogismos de la personalidad, de la sustancialidad, etc.) constituye un desafío para el pensamiento que hay que tomar en serio. A juicio del autor, la importancia de la obra del filósofo catalán y su crítica al de Königsberg dejaron una importante huella en los ambientes académicos e intelectuales, tanto que fue decisiva para generalizar el rechazo a la filosofía crítica.

Entre los pensadores españoles anteriores a la Restauración arriba mencionados, y a los que se dedica un capítulo, destaca Llorens i Barba. De él se puede decir que era en cierto modo kantiano, aunque sus influencias son múltiples y es en algún sentido ecléctico. Su obra escrita es escasa aunque la influencia fue muy significativa, y uno de los que se denominó su discípulo, Marcelino Menéndez Pelayo, ocupa un lugar incomparable, y polémico, en las letras patrias. A través del libro del profesor Fioraso tomamos conciencia, en un rápido vistazo, de las nada despreciables reflexiones filosóficas de Llorens i Barba. El kantismo del profesor catalán es desigual y se convierte en un recurso que le ayuda a fundamentar el realismo del sentido común que profesa, sin recurrir a la escolástica. Progresivamente se fue distanciando de la tendencia antimetafísica del kantismo, pero asumió a su manera la filosofía moral del autor alemán en lo relativo al imperativo categórico, dándole una formulación propia.

El filósofo de Königsberg encontró mayor acogida y difusión a través de la *Revista Contemporánea* de José del Perojo y Manuel de la Revilla. A tal acontecimiento se dedica otro de los capítulos del libro. Perojo fundó la Revista en 1875. Para estos autores el conocimiento de Kant no significa tanto la asimilación de sus doctrinas cuanto la posibilidad de la apertura a la modernidad, o la falta de ella, de los hombres de letras de la nación (p. 166). Kant y la filosofía crítica son tomados así como emblema del cambio de paradigma mental y renovación

cultural que la España del XIX requería (pp. 138, 139, 145, 152). De nuevo el aislamiento cultural de España, y las dos filosofías dominantes, neoescolástica y krausismo (pp. 139, 152), son señaladas, en este último tercio del siglo, como los factores que impidieron la asimilación de la filosofía kantiana. De las corrientes filosóficas mencionadas fue el krausismo –entendido como una filosofía en declive (p. 150) y con resabios místicos – el principal enemigo de los dos principales actores de la *Revista Contemporánea* (p. 140). De tal modo que el objetivo de la publicación, y de los autores que la animaban, era la eliminación del krausismo (pp. 146, 171). La rivalidad filosófica bajaba ya así a la arena de la lucha política, pues el krausismo se había convertido en una ideología con una influencia significativa en la España del momento. Esta simpatía por el kantismo (en buena medida asumido doctrinalmente por Perojo, tomado más como elemento de renovación cultural en Revilla) terminó siendo, de hecho, una apertura al positivismo (pp. 155, 171) entendido como sinónimo del “progreso”.

Convendría diferenciar, a nuestro juicio, el acierto de reconocer la miopía intelectual española en el contexto histórico estudiado del hecho de considerar toda “nueva” filosofía como algo ya de por sí positivo. Esta cuestión se juega más bien en el examen y valoración de las ideas del autor en cuestión, y por tanto, es aplicable también al pensamiento kantiano. Kant, al generar con su filosofía el denominado “giro copernicano” en los destinos de la ciencia, es

considerado favorablemente por el profesor Fioraso a lo largo del libro. Así parece traslucirse que la relevancia de su filosofía y la proximidad histórica en que se formula supusiesen de por sí un argumento decisivo para que haya de ser aceptada. Eso nos parece discutible.

Menéndez Pelayo es protagonista de uno de los últimos y más interesantes capítulos. El título del mismo, *la hispanización histórica de la filosofía crítica*, trata de mostrar el empeño de D. Marcelino por encontrar ideas originalmente kantianas -en el ámbito gnoseológico, en el de la filosofía moral y en el estético- prefiguradas en algunos filósofos españoles. Estos son fundamentalmente: Juan Luis Vives, por el que el santanderino tenía una especial preferencia, Francisco Sánchez y Pedro de Valencia (quizá hayamos arrumbado muy rápidamente el pensamiento de nuestro siglo XVI). Según afirma el profesor Fioraso el objetivo último de D. Marcelino era demostrar que España no había estado cerrada a la modernidad y que, de algún modo, había contribuido también a ella, incluso anticipándola (pp. 176, 178). A esta tarea del santanderino la denomina el autor del libro *hispanización de la filosofía crítica*, expresión quizá algo forzada. Ciertamente esta intención del célebre polígrafo está en sintonía con su defensa de todo aquello que, a su juicio, constituyese el genuino espíritu español. En la medida en que Kant estuviese ya presente, a través de la anticipación de sus ideas en la filosofía española, no tendría que ser tomado por alguien que conduce a ideas “extraviadas”. Igualmente, el pensamiento español del mo-

mento podría asimilarlo más fácilmente, como si se estableciese así una cierta continuidad natural. De este modo la nación española aligeraba el pesado fardo del retraso histórico y la cerrazón cultural y justificaba su inserción europea (pp. 202, 203). Desoír a aquellos precursores de la modernidad, a juicio de D. Marcelino, explicaría, en parte, nuestra tardía incorporación a ella. En último término, el famoso polígrafo, en la versión que en estas páginas da el profesor Fioraso, no buscaba una mera “importación” de ideas extranjeras sino mostrar que el diálogo con la modernidad hubiese sido fructífero -y aún de resultados más humanizadores- de haberse realizado contando con los filósofos españoles mencionados. Esto muestra una imagen nada ultramontana de Menéndez Pelayo, reivindicando un *tertium quid* frente a la tradición filosófica que finalmente se impuso en España. Siguiendo esta línea interpretativa encontramos un perfil filosófico del escritor santanderino en el que se muestra su *kantismo* asimilado a través del *ars nesciendi* de Vives. Por último queda bien reflejada la profunda motivación patriótica de Menéndez Pelayo: “...es sólo la necesidad de la modernización de España lo que le empujó a hacer sus investigaciones ya que, aceptando la posición herderiana de Llorens, necesitaba que la voz del pensamiento del pueblo español fuera evidente para que pudiese insertarse en la coral filosófica europea” (p. 209).

En el último capítulo nos encontramos con una interesante reflexión sobre España con el sugerente título de *Crítica de la razón hispánica*. En qué consista la

identidad nacional (pónganse todos los matices que se quiera a dicha expresión) es el problema que aquí se dirime. Esta cuestión se afronta en el contexto de la conocida “Polémica sobre la Ciencia Española”, en este caso la “Segunda Polémica”. El autor utiliza la palabra *Hispanidad* para recoger el *carácter propio* de lo español, aunque el término habitualmente se usa en un sentido que desborda el territorio peninsular. Las dos visiones contrapuestas de lo genuinamente hispánico están encarnadas por Menéndez Pelayo de un lado –apologeta de la tradición–, y los ya citados Revilla y Perojo, que sostienen que el desarrollo secular de la cultura española ha impedido su modernización y facilitado su atraso. Ante tal antagonismo la cuestión de señalar cuál es la verdadera tradición de pensamiento hispánico cobra verdadero relieve. Se trata de saber si hay que seguir profundizando en la misma dirección –Menéndez Pelayo–, o si hay que cambiar radicalmente el rumbo, como sostendrían Revilla y Perojo. La Inquisición cobra la máxima importancia en el centro de este debate, siempre delicado, pues habría sido el elemento decisivo para el retraso de la ciencia española a

juicio de estos últimos. En cualquier caso debemos a esta polémica el tercer volumen de *La Ciencia Española* en el cual el siempre desbordante Menéndez Pelayo hace inventario de lo más señero del conocimiento español ofreciendo una nómina impresionante de autores.

Pero la objeción de Perojo no consiste en que hayan existido numerosos nombres poblando nuestra ciencia, sino que ésta no ha dejado huella alguna más allá de nuestras fronteras. Que las ideas generadas en España fructificasen fuera de ella se convierte así en prueba decisiva de su verdadera importancia. La pregunta sería entonces, si nuestra ciencia nacional alcanzó tan altas cumbres ¿cómo es que apenas hubo eco de ella en Europa? La cuestión ciertamente tiene interés. No obstante queremos añadir por nuestra parte que no siempre la difusión de una filosofía está vinculada a que sus ideas sean las más logradas. El éxito de determinados pensamientos obedece a factores complejos. Las circunstancias de carácter socio-histórico (en cierto modo, extrafilosófico) influyen, y aún deciden, el salto a la palestra de algunos autores o su postración definitiva. Mucho habría que decir sobre esto¹.

¹ En cualquier caso nos preguntamos si la filosofía proveniente de una nación convertida en *el Imperio* –siglos XVI y XVII–, propagadora y defensora de la religión católica, habría sido bien acogida en un contexto europeo de lucha por la hegemonía (el enemigo a batir era la Monarquía Hispánica y lo que de ella proviniese) en el que el protestantismo ganaba enteros como fuerza antagónica. Constatamos así la existencia de una guerra ideológica

entre los estados que se sumaba a las otras formas de lucha por el poder. Por otra parte convendría precisar el llamado *retraso de la ciencia española*. Con el cambio de dinastía, en el siglo XVIII, la ciencia –en el sentido moderno del término– cobra en el territorio de la Monarquía Hispánica un fenomenal impulso (“con los Borbones en España entra la reflexión empírica” afirma un conocido historiador).

Fuese o no una influencia positiva para la modernización de España, Kant no fue tomado muy en cuenta como se ha visto hasta ahora. Es importante decir que los asuntos tratados en este último capítulo, *Crítica de la razón hispánica*, lejos de ser cuestiones históricas sobrepasadas llegan por diferentes, y aún por semejantes, caminos hasta la España de nuestros días. La tarea que ocupa a dirigentes y ciudadanos españoles es hoy, bajo circunstancias distintas, enorme. Y esto en muchos órdenes de la vida nacional. Se hace apremiante adivinar soluciones.

Para finalizar señalamos como valiosa, para los interesados en la historia del pensamiento español, la presencia de diversos autores de menor importancia, que forman parte de nuestra historia en todo caso. Asimismo se agradecen las breves notas biográficas que, generalmente en pie de página, ofrecen información para hacernos cargo de muchos autores, algunos de ellos poco conocidos. La referencia precisa de sus obras, que también se incluye, añade un elemento meritorio más a este libro.

Muy valorable es también, por último, la más que correcta escritura del español de quien entendemos no lo ha tenido por lengua materna. Como único y disculpable defecto señalamos la existencia de algunos errores de expresión o transcripción en algunas, muy pocas, palabras. Suponemos que la fácil confusión entre el idioma italiano y el español puede haber sido la causa, aunque creemos que una última revisión en la edición habría subsanado esos pequeños fallos, que en nada empañan tan merito-

rio trabajo sobre el desarrollo de nuestro pensamiento nacional.

Julián RODRÍGUEZ ORTEGA

R. KOSELLECK, *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?*, introducción de José Luis Villacañas, Madrid, Escolar y Mayo, 2013.

En su obra *Historias de conceptos*, Koselleck había definido la *Begriffsgeschichte* como el estudio de las transformaciones que sufren los significados asociados a los términos lingüísticos a lo largo de su desarrollo temporal y la había aplicado a conceptos como ilustración, burguesía, utopía, revolución, patriotismo, progreso o decadencia, por citar algunos ejemplos. Este modo de integrar las distintas experiencias a través de sus respectivos conceptos y de la variable “tiempo” es la tarea que desempeña Koselleck en *Esbozos teóricos*, pero en este caso lo que se analiza es el concepto de historia y las categorías a priori del pensamiento histórico. Precisamente por el hecho de ser conceptual, el estudio de la investigación histórica tiene que partir, como condición previa, de una teoría de los conceptos.

El libro –que originalmente constituye la primera de las tres partes de la obra *Vom Sinn und Unsinn der Geschichte* (Suhrkamp, 2010), una recopilación de artículos de Koselleck que tiene como objeto de estudio la historia–, se asienta sobre la actitud teórica anterior-